

## 1936, España

(Lloyd se plantea venir a España con las Brigadas Internacionales)

Europa entera estaba pendiente de España. El gobierno de izquierdas que había salido elegido el pasado mes de febrero había sufrido una tentativa de golpe de Estado apoyado por los fascistas y los conservadores. El general rebelde, Franco, había conseguido el respaldo de la Iglesia católica. La noticia había sacudido el resto del continente como si fuera un terremoto. Después de Alemania e Italia, ¿también España, de pronto, caería bajo la maldición del fascismo?

—La sublevación ha sido una chapuza, como seguro que sabréis ya, y ha estado a punto de fracasar —siguió contando Billy—. Pero Hitler y Mussolini han acudido al rescate y han salvado el alzamiento transportando por avión a miles de soldados rebeldes de refuerzo desde el norte de África.

—¡Pero los sindicatos han salvado al gobierno! —intervino Lenny.

—Eso es cierto —dijo Billy—. El gobierno ha reaccionado con lentitud, pero los sindicatos se han puesto al frente organizando a los trabajadores y proveyéndolos de armas que han sacado de arsenales militares, buques de guerra, armerías y de allí de donde las han podido encontrar.

—Al menos alguien contraataca —dijo el abuelo—. Hasta ahora los fascistas se han salido con la suya en todas partes. En Renania y Abisinia simplemente hicieron acto de presencia y cogieron lo que les dio la gana. Gracias tenemos que darle a Dios de los españoles, vaya. Han tenido suficientes agallas para oponerse.

Se produjo un murmullo de aprobación entre los hombres que estaban apoyados en las paredes. Lloyd recordó de nuevo aquel sábado por la tarde en Cambridge. También él había dejado que los fascistas se salieran con la suya. Bullía por dentro de frustración.

—Pero ¿pueden imponerse? —preguntó el abuelo—. Parece que ahora lo crucial son las armas, ¿verdad?

—Justamente —dijo Billy—. Los alemanes y los italianos suministran armamento y munición a los rebeldes, y también aviones de combate y pilotos. Pero al gobierno de España elegido en las urnas no lo ayuda nadie.

—¿Y por qué demonios no? —preguntó Lenny, enfadado.

Cara levantó la mirada desde los fogones. Sus oscuros ojos mediterráneos refulgían en un gesto de desaprobación, y Lloyd creyó ver en ellos a la chica guapa que había sido su abuela una vez.

—¡No quiero palabrotas en mi cocina! —advirtió.

—Lo siento, señora Williams.

—Yo puedo explicaros el verdadero porqué —dijo Billy, y todos los hombres callaron para escucharlo—. El primer ministro francés, Léon Blum, socialista, como ya sabéis, lo tenía todo dispuesto para enviar ayuda. Ya cuenta con un vecino fascista, Alemania, y lo último que quiere es un régimen fascista también en su frontera sur. Enviar armas al gobierno español pondría en pie de guerra a toda la derecha francesa, y también a los socialistas católicos del país, pero eso Blum podría soportarlo, sobre todo si tuviera el apoyo británico y pudiera decir que armar al gobierno de España es una iniciativa internacional.

—¿Y qué se torció? —preguntó el abuelo.

—Nuestro gobierno le quitó la idea de la cabeza. Blum vino a Londres y el secretario del Foreign Office, Anthony Eden, le dijo que no lo secundaríamos.

El abuelo montó en cólera.

—¿Por qué necesita ningún apoyo? ¿Cómo puede un primer ministro socialista dejarse mangonear así por un gobierno conservador de otro país?

—Porque también en Francia existe el peligro de un golpe de Estado militar —explicó Billy—. Allí la prensa es de la derecha más recalcitrante, y están espoleando a sus propios fascistas hasta límites insospechados. Blum podría enfrentarse a ellos con el apoyo de Gran Bretaña... pero quizá no sin él.

—O sea, ¡que otra vez tenemos que ver cómo nuestro gobierno conservador adopta una actitud benévola con el fascismo!

—Todos esos *tories* tienen dinero invertido en España: vino, carbón, acero, industrias textiles... y les da miedo que el gobierno de izquierdas acabe expropiándolo todo.

—¿Qué dice Estados Unidos? Ellos creen en la democracia. ¿No están dispuestos a vender armas a España?

—Se diría que sí, ¿verdad? Pero existe un influyente grupo católico muy bien financiado, encabezado por un millonario llamado Joseph Kennedy, que se opone a enviar cualquier tipo de ayuda al gobierno español. Y un presidente demócrata necesita el apoyo de los católicos. Roosevelt no hará nada que ponga en peligro su *new deal*.

—Bueno, de todas formas sí hay algo que podemos hacer —dijo Lenny Griffiths, y en su expresión se reflejó toda su rebeldía adolescente.

—¿El qué, Len, muchacho? —preguntó Billy.

—Podemos ir a España a luchar.

—No digas bobadas, Lenny —dijo su padre.

—Hay mucha gente que habla de ir allí, en todo el mundo, incluso en Estados Unidos. Quieren formar unidades de voluntarios para luchar junto al ejército regular.

Lloyd se irguió en su asiento.

—¿De verdad? —Era la primera vez que oía hablar de ello—. ¿Cómo lo sabes?

—Lo he leído en el *Daily Herald*.

Lloyd no salía de su asombro. ¡Voluntarios que se iban a España a luchar contra los fascistas!

—Bueno, pues tú no vas a ir, y punto —le dijo Tom Griffiths a Lenny.

—¿Recordáis a aquellos chicos que mintieron sobre su edad para poder luchar en la Gran Guerra? —preguntó Billy—. Fueron miles.—Y la mayoría no sirvieron para nada de nada —repuso Tom—. Recuerdo a aquel chico que se echó a llorar antes de la batalla del Somme. ¿Cómo se llamaba, Billy?

—Owen Bevin. Al final huyó, ¿verdad?

—Sí... de cabeza a un pelotón de fusilamiento. Los muy cabrones lo mataron por desertor. Quince años, tenía, el pobre chiquillo.

—Yo tengo dieciséis —soltó Lenny.

—Sí —dijo su padre—. Menuda diferencia.

—Nuestro Lloyd va a perder el tren de Londres que sale dentro de diez minutos —dijo el abuelo.

Lloyd se había quedado tan afectado con la revelación que le había hecho Lenny que se había olvidado de la hora. Se puso en pie de un salto, le dio un beso a su abuela y cogió su pequeña maleta.

—Te acompañaré a la estación —dijo Lenny.

Lloyd se despidió de todo el mundo. Mientras se apresuraban colina abajo, Lenny no decía nada. Parecía absorto en sus pensamientos. Lloyd agradeció no tener que darle conversación: también él sentía cierta confusión mental.

El tren ya había llegado. Lloyd compró un billete de tercera a Londres y, cuando ya estaba a punto de subir a su vagón, Lenny habló por fin.

—Oye, Lloyd, dime una cosa, ¿cómo se saca uno el pasaporte?

—Decías muy en serio eso de ir a España, ¿verdad?

—Venga, hombre, no me fastidies, quiero saberlo.

Sonó el silbato y Lloyd subió al tren, cerró la puerta y bajó la ventanilla.

—Tienes que ir a correos y pedir un formulario.

—Si voy a la oficina de correos de Aberowen y pido un formulario para sacarme el pasaporte, mi madre se habrá enterado unos treinta segundos después.

—Pues vete a Cardiff —dijo Lloyd, y el tren se puso en marcha.

Ocupó su asiento y se sacó del bolsillo un ejemplar de *Le Rouge et le Noir* de Stendhal, en francés, pero se quedó mirando la página sin asimilar nada de lo que leía. Solo podía pensar en una cosa: ir a España.

Sabía que debería darle miedo, pero lo único que sentía era entusiasmo ante la idea de irse a luchar (a luchar de verdad, no solo organizando mítines) contra la clase de hombres que habían azuzado a los perros contra Jörg. Estaba claro que el miedo aparecería tarde o temprano. Antes de un combate de boxeo, en el vestuario, nunca estaba asustado, pero en cuanto salía al ring y veía al hombre que quería dejarlo inconsciente de un puñetazo, veía sus hombros musculados, los puños contundentes y el rostro cruel, entonces se le secaba la boca y

el corazón empezaba a latirle con tanta fuerza que tenía que contener el impulso de dar media vuelta y salir corriendo.

En aquel momento, casi lo único que le preocupaba eran sus padres. Bernie estaba tan orgulloso de tener a un hijastro estudiando en Cambridge —se lo había contado a medio barrio del East End—, que le destrozaría ver marchar a Lloyd antes de sacarse el título. El temor de Ethel porque pudieran herir a su hijo, o matarlo, sería constante. Los dos se quedarían muy afectados. Pero también había otros asuntos que tener en cuenta. ¿Cómo llegaría a España? ¿A qué ciudad podía dirigirse? ¿Cómo pagaría el billete?

(...)

Su madre estaba en la cocina. Llevaba puesto el sombrero, así que debía de estar a punto de salir para ir a dar un discurso en algún mitin del Partido Laborista —¿qué, si no?—, pero puso agua a calentar y le preparó un té.

—¿Cómo están todos por Aberowen? —preguntó.

—El tío Billy ha ido a pasar el fin de semana —explicó Lloyd—. Todos los vecinos se han reunido en la cocina del abuelo. Aquello es como una corte medieval.

—¿Tus abuelos están bien?

—El abuelo está como siempre. A la abuela se la ve mayor. —Se detuvo un momento—. Lenny Griffiths quiere ir a España a luchar contra los fascistas. Su madre apretó los labios como con disgusto.

—¿Eso quiere?

—Yo también estoy pensando en ir con él. ¿Qué te parecería?

Lloyd esperaba encontrar resistencia por parte de su madre, pero aun así le sorprendió su reacción.

—Como se te ocurra, te mato, maldita sea —le soltó en tono agresivo—. ¡No quiero ni que lo pienses! —Dejó la tetera en la mesa con un fuerte golpe—. ¡Te parí con mucho sufrimiento y grandes dolores, te crié, te puse los zapatos para enviarte al colegio y no pasé por todo eso para que ahora tú te desgracies la vida en una puñetera guerra!

Lloyd se quedó de piedra.

—No tengo intención de desgraciarme la vida —dijo—, pero sí que la pondría en peligro por una causa en la que tú misma me has enseñado a creer.

Se sintió desconcertado al ver que su madre empezaba a sollozar. Casi nunca lloraba; de hecho, Lloyd no recordaba la última vez que la había visto hacerlo.

—Madre, no. —Le rodeó los hombros temblorosos con un brazo—. Todavía no ha pasado nada. Bernie, un hombre fornido de mediana edad con una calva incipiente, entró en la cocina.

—¿Qué es todo esto? —preguntó. Parecía algo asustado.

—Lo siento, papá, la he disgustado—dijo Lloyd. Retrocedió un paso y dejó que Bernie abrazara a Ethel.

—¡Se nos va a España! ¡Lo matarán! —gritó ella.

—Vamos a calmarnos todos un poco y a discutir esto con algo de sensatez —dijo Bernie.

Su padraastro era un hombre muy sensato, llevaba un sensato traje oscuro y unos zapatos de sensatas suelas gruesas reparados miles de veces con betún. No había duda de que por eso mismo lo votaba la gente: era político municipal y representaba a Aldgate en el Consejo del Condado de Londres. Lloyd no había conocido a su verdadero padre, pero no podía imaginar querer a un padre de verdad más de lo que quería a Bernie, que había sido un padraastro cariñoso, siempre dispuesto a consolarlo o a aconsejarle, reacio a dar órdenes y a castigar. Trataba a Lloyd exactamente igual que a su propia hija, Millie.

Bernie convenció a Ethel de que se sentara a la mesa de la cocina, y Lloyd le sirvió una taza de té.

—Una vez pensé que mi hermano había muerto —dijo Ethel, que no dejaba de llorar—. A Wellington Row llegaban telegramas y ese desdichado chico de correos tenía que ir de casa en casa, entregando a hombres y mujeres esos papelitos que decían que sus hijos y maridos habían muerto. Pobre muchacho, ¿cómo se llamaba? Geraint, me parece. Pero nunca trajo ningún telegrama a nuestra casa y yo, que soy una mala mujer, ¡le daba gracias a Dios porque fueran otros los que habían muerto, y no Billy!

—Tú no eres una mala mujer —dijo Bernie, tranquilizándola con unas palmaditas.

## 1937, Batalla de Belchite

(Lloyd, su primo Dave Williams y sus amigos están en el frente en la batalla del Ebro con las Brigadas Internacionales, donde descubrirán los métodos soviéticos)

El coronel Bobrov se encontraba en la puerta del establo, sentado en una silla frente a una mesa. Los dos muebles parecían haber sido robados de alguna casa. Tenía el rostro enrojecido, quemado por el sol. Estaba hablando con Volodia Peshkov. Lloyd fue directo hacia ellos.

—Hemos asaltado la iglesia, pero no hemos recibido apoyo —dijo—. ¡Y nos hemos quedado sin municiones porque Márquez se ha negado a abastecernos!

Bobrov miró a Lloyd con frialdad.

—¿Qué está haciendo aquí? —le espetó. Lloyd se quedó perplejo. Esperaba que Bobrov lo felicitara por el audaz esfuerzo y que, al menos, le mostrara su empatía por la falta de apoyo.

—Ya se lo he dicho —repuso él—. No hemos recibido apoyo. No puede asaltarse un edificio fortificado con tan solo una sección. Hemos hecho todo cuanto hemos podido, pero nos han aniquilado. He perdido a treinta y uno de mis treinta y cinco hombres. —Señaló a sus cuatro compañeros—. ¡Esto es todo lo que queda de mi sección!

—¿Quién les ha ordenado que se retiraran?

Lloyd hacía esfuerzos para no marearse. Sentía que estaba a punto de perder el conocimiento, pero tenía que explicarle a Bobrov con qué coraje habían luchado sus hombres.

—Hemos venido por nuevas órdenes. ¿Qué otra cosa podíamos hacer?

—Tendrían que haber seguido luchando mientras quedara un hombre en pie.

—¿Y con qué teníamos que luchar? ¡No nos quedaban balas!

—¡Silencio! —rugió Bobrov—. ¡Firmes!

Al instante, todos se cuadraron. Lloyd, Lenny, Dave, Muggsy y Joe formaron en línea. Lloyd temía desmayarse de un momento a otro.

—¡Media vuelta!

Todos se volvieron de espaldas. «Y ahora, ¿qué?», pensó Lloyd.

—Los heridos, rompan filas.

Lloyd y Lenny dieron un paso atrás.

—Los heridos leves serán trasladados al servicio de escolta de prisioneros.

Lloyd imaginó vagamente que le tocaría vigilar a prisioneros de guerra en un tren con destino a Barcelona. Se tambaleó sin llegar a caerse. En esos momentos no sería capaz ni de vigilar un rebaño de ovejas, pensó.

—Retirarse cuando uno se encuentra bajo el fuego enemigo sin haber recibido órdenes es desertar.

Lloyd se dio la vuelta y miró a Bobrov. Preso del horror y la estupefacción, vio que había sacado el revólver de su funda con botón. Bobrov dio un paso adelante, de modo que se situó justo detrás de los tres hombres que permanecían firmes.

—Los tres son culpables y son condenados a pena de muerte. —Levantó la pistola hasta que el cañón estuvo a siete centímetros y medio de la parte posterior de la cabeza de Dave. Entonces disparó. Se oyó un estampido. En la cabeza de Dave apareció un agujero de bala y su frente explotó en un amasijo de sangre y sesos. Lloyd no daba crédito a lo que estaba presenciando. Junto a Dave, Muggsy se dispuso a volverse con la boca abierta para gritar; pero Bobrov fue más rápido. Situó la pistola contra el cuello de Muggsy y disparó de nuevo. La bala penetró por detrás de la oreja derecha y salió por el ojo izquierdo, y Muggsy se derrumbó. Al final Lloyd recuperó la voz, y gritó:

—¡No!

Joe Eli se dio media vuelta, bramando de estupor y furia, y levantó las manos para aferrar a Bobrov. Se produjo un nuevo disparo y Joe recibió un balazo en la garganta. La sangre brotaba del cuello como de un manantial y salpicó el uniforme del Ejército Rojo de Bobrov, lo cual provocó que el coronel retrocediera de un salto, maldiciendo. Joe cayó al suelo pero no murió de inmediato. Lloyd observó, impotente, cómo la sangre manaba de la arteria carótida de Joe y teñía la reseca tierra española. Daba la impresión de que Joe quería hablar, pero no logró pronunciar palabra; y entonces sus ojos se cerraron y lo abandonaron las fuerzas.

—No hay clemencia para los cobardes —dijo Bobrov, y se alejó.

Lloyd contempló a Dave tendido en el suelo: delgado, mugriento, valiente como un león, con dieciséis años y muerto. No lo habían matado los fascistas sino un oficial soviético estúpido y sanguinario. Qué pérdida tan absurda, pensó Lloyd, y se le arrasaron los ojos en lágrimas. Un sargento salió corriendo del establo.

—¡Se han rendido! —gritó con alegría—. La ciudad ha capitulado; han izado la bandera blanca. ¡Hemos tomado Belchite!

Al final el mareo venció a Lloyd, y se desmayó.

## 1937, Inglaterra

(Lloyd regresa y le cuenta a su padrastro su versión de lo que ha vivido en España)

Era un atardecer de octubre.

Tal como esperaba, lo habían subido a un tren de abastecimiento con rumbo a Barcelona, atestado de prisioneros rebeldes. El trayecto no debía de ser de más de ciento cincuenta kilómetros, pero habían tardado tres días en recorrerlo.

En Barcelona, lo habían separado de Lenny y perdieron el contacto. Luego logró que lo recogiera un camión que se dirigía hacia el norte. Tras apearse, caminó, hizo autostop y viajó en vagones de tren llenos de carbón, de grava y, en una afortunada ocasión, de cajas de vino. Cruzó la frontera de Francia a hurtadillas, de noche. Había dormido al raso, mendigado comida y realizado todo tipo de tareas a cambio de unas pocas monedas; y durante dos semanas tuvo la suerte de trabajar de vendimiador en una viña de Burdeos, lo que le permitió ahorrar el dinero necesario para cruzar el canal de la Mancha en barco.

Ahora estaba en casa.

Aspiró el olor del hollín y la humedad de Aldgate como si fuera perfume. Se detuvo frente a la verja del jardín y observó la casa donde había nacido más de veintidós años atrás. La luz brillaba tras las ventanas azotadas por la lluvia: había alguien en casa. Se dirigió a la puerta principal. Aún tenía la llave, la guardaba junto con el pasaporte. Entró. Dejó la mochila en el suelo del recibidor, junto a la percha para sombreros. Oyó una voz procedente de la cocina.

—¿Quién es? —Era su padrastro, Bernie.

Lloyd descubrió que se había quedado sin habla. Bernie salió al recibidor.

—¿Quién...? —Entonces reconoció a Lloyd—. ¡Válgame Dios! —exclamó—. Eres tú.

—Hola, papá —lo saludó Lloyd.

—Hijo mío —dijo Bernie, y le dio un fuerte abrazo—. Estás vivo. —Lloyd notó el temblor de sus sollozos. Al cabo de un minuto, Bernie se frotó los ojos con la manga de la chaqueta de punto y se dirigió al pie de las escaleras.

—¡Eth! —gritó.

—¿Qué?

—Tienes visita.

—Un momento.

Bajó al cabo de unos segundos ataviada con un vestido azul, tan guapa como siempre. A mitad de las escaleras, reparó en el rostro de Lloyd y palideció.

—Oh, *Duw* —dijo—. Lloyd... —Bajó corriendo el resto de los escalones y le echó los brazos al cuello—. ¡Estás vivo! —exclamó.

—Te escribí desde Barcelona...

—No he recibido esa carta.

—Así, no sabes...

—¿Qué?

—Que Dave Williams murió.

—¡Oh, no!

—Lo mataron en la batalla de Belchite. —Lloyd había decidido no contar la verdad acerca de la forma en que Dave había muerto.

—¿Y Lenny Griffiths?

—No lo sé. Perdimos el contacto.

Esperaba que hubiera regresado a casa antes que yo.

—No, no saben nada de él.

—¿Qué tal van las cosas por allí? —preguntó Bernie.

—Los fascistas están ganando. Y la culpa es sobre todo de los comunistas, que están más interesados en combatir a los otros grupos de izquierdas.

Bernie se quedó horrorizado.

—No puede ser.

—Es cierto. Si algo he aprendido en España es que tenemos que combatir a los comunistas tanto como a los fascistas. Son perversos, los unos y los otros.

Su madre lanzó una sonrisa irónica.

—No sé por qué, ya me lo imaginaba. —Lloyd se dio cuenta de que hacía mucho tiempo que lo sospechaba.

—Basta de política —dijo él—. ¿Cómo estás, mamá?

—Ah, igual que siempre. Pero ¿y tú? Mírate, ¡estás en los huesos!

—En España no había gran cosa para comer.

—Voy a prepararte algo.

—No hay prisa. Llevo doce meses pasando hambre; podré resistirlo unos minutos más. Pero te diré qué me apetece mucho.

—¿Qué? ¡Pide lo que sea!

—Me encantaría que me prepararas una buena taza de té.